

la Europa. El gobierno francés aceptó, pues, la caída del imperio mexicano como un sacrificio indeclinable impuesto por la fortuna.

Pero importaba, para atenuar el jaque del gobierno francés, que Maximiliano no apareciese violentamente arrojado del trono, y por temor de que no fuese precipitado de él, era preciso empeñarse en persuadirlo á que abdicase. Este libro abunda en detalles interesantes y tristes sobre esta última parte de la historia de la expedición á México. Se verá en él cuántos disgustos se impusieron á ese desgraciado príncipe, cómo tuvo este que ir renunciando gradualmente á cada una de sus esperanzas, aun las mas legítimas, cómo la sombra y el abandono se estendieron á su alrededor y cómo vió escapar de sus manos, con una imprevista rapidez, todos los medios de combatir y de reinar. ¡Y el doloroso viage de esa princesa digna de la elocuencia de Bossuet! ¡Y el fin de esa pareja infortunada marcado por la locura y el fusilamiento, desenlace digno del pincel de Shakspeare! Y, para no omitir cosa alguna sobre todos los actores desgraciados ó humillados de este drama, es preciso figurarse á la arrogante república americana impulsándolo todo á su término, casi en la misma actitud que conservó por un instante la Europa coligada cuando pretendia obligar á Luis XIV á destruir con su propia mano el trono que habia levantado en España, y á destruir él mismo á su nieto! Nunca se ha dado un espectáculo mas conmovedor al mundo; nunca se ha dado á la Francia una leccion mas viva ni mas clara; ojalá y esta leccion mas tarde no le sea inútil! Que contribuya, si es posible, á preservarnos de tan grandes faltas y de mayores desgracias!

Noviembre de 1867.

PREVOST-PARADOL.

ELEVACION Y CAIDA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO

SEGUN DOCUMENTOS INÉDITOS.

HISTORIA

DE LA INTERVENCION FRANCESA EN MÉXICO.

1861. — 1867.

LA expedición francesa en México pertenece ya á la historia. El segundo emperador mexicano ha sido fusilado en Querétaro en 1867, como el primero lo habia sido en Padilla en 1824. Sin embargo, ambos amaban su país de adopción, y Maximiliano habia llevado á él un sentimiento muy elevado de su misión.

En los momentos en que un debate resuena en el recinto de nuestro palacio legislativo, seanos permitido buscar las diversas causas que han concurrido á la ruina de esa lejana empresa. La hora es tanto mas favorable para este ensayo, cuanto que los diferentes actos del drama mexicano, tan fecundo en peripecias, puede decirse que datan de ayer apenas. Además, nos parece que es justo precisar y atribuir á cada uno de los actores de este sangriento drama la parte de res-

ponsabilidad que les incumbe en la concepcion, en el desarrollo, en la marcha y en el mal éxito de esta desgraciada campaña. Continuemos, pues, esta investigacion, y tratemos de hacerla con toda la imparcialidad de que somos capaces.

Es necesario reconocer desde luego que es preciso hacer á un lado al ejército francés, marinos y soldados: él solo se puso á la altura de su mision.

Esclavo de su deber, ha pagado su deuda hasta el fin, sin separarse un momento de sus grandiosas tradiciones: esta espedicion mortífera se le contará como un nuevo título de gloria. Raras veces el valor francés ha tenido que atestiguar individualmente en un campo tan vasto. Si nuestro país hubiese podido presenciar los mil hechos de armas desconocidos que han tenido lugar durante estos cinco años en ese vasto territorio de México, y consumados por un puñado de hombres perdidos en aquel inmenso espacio, habria hecho callar las quejas de la oposicion ante la admiracion que le hubieran inspirado las virtudes generosas de sus hijos. Los cadáveres de los valientes que el cuerpo espedicionario ha regado en su camino desde las Antillas hasta las costas del Pacífico proclaman muy alto su abnegacion.

La luz indispensable para iluminar la triste escena adonde el trono levantado por la Francia se hundió en la sangre y adonde ha disminuido el prestigio nacional, debe buscarse en la idea primordial del gabinete de las Tullerías, en las instrucciones dadas por él, en la marcha de nuestra política y de nuestras operaciones militares, y en la cooperacion, en fin, del archiduque Maximiliano.

¿Cuál ha sido la idea primitiva que ha enviado nuestro pabellon frente á las murallas de Veracruz? ¿Cuál ha sido despues la causa verdadera de la declaracion de guerra lanzada contra el presidente Juarez?

Si debemos atenernos á las declaraciones oficiales, veremos en ellas, que el gobierno del emperador, en virtud de una convencion firmada el 30 de Noviembre de 1861 con la Inglaterra y la España, resolvió, por una comun intervencion, "obligar á México á cumplir con obligaciones solemnemente contraidas y á darnos las garantías de una proteccion mas eficaz para proteger las personas y propiedades de nuestros nacionales." Tales han sido las instrucciones confiadas al contra-almirante Jurien de la Gravière, investido del mando en gefe de nuestras fuerzas militares enviadas á México con una division naval. El ministro de negocios extranjeros, M. Thouvenel, agregaba á las instrucciones del contra-almirante, lo siguiente:—"Las potencias aliadas no podrán intervenir en los negocios interiores del país, y especialmente cuidarán de no ejercer presion alguna sobre las poblaciones, en cuanto á la eleccion de su gobierno."

En los primeros dias de Enero los tres plenipotenciarios dirigian al gobierno mexicano, bajo la forma colectiva, una

nota pidiendo reparacion por todos los agravios y perjuicios sufridos. El 9 de Febrero de 1862, los comisionados aliados informaban á Doblado, ministro de Juarez, que las tropas aliadas, á mediados del mes se pondrian en camino para ocupar en el interior del país campamentos menos mal sanos, invitándolo á la vez á que fuera á entenderse con el conde de Reus, general Prim.

El ejército de desembarque habia sido puesto bajo las órdenes del general español Prim. La España contaba 7,000 hombres y la Francia 3,000 casi: la Inglaterra no habia desembarcado mas que sus marinos. El 19 de Febrero de 1862 quedaba firmada entre el gobierno mexicano y los plenipotenciarios de España, Inglaterra y Francia, la convencion preliminar de la Soledad, que segun el artículo primero debia confirmar la aprobacion de Juarez, y que por el artículo 6º estipulaba que la bandera mexicana, que habia desaparecido al aproximarse las escuadras aliadas que anclaron sin vacilacion frente á Veracruz, seria izada de nuevo.

Casi dos meses se necesitaban para que el proyecto de tratado pudiese ir á Europa y volver al campo de los negociadores que habian debido consultar á sus gobiernos respectivos. Por un espíritu muy justo de prevision, se habia estipulado tambien en el artículo 3º de la convencion de la Soledad, que mientras duracen las negociaciones el cuerpo expedicionario ocuparia las ciudades de Córdoba, Orizava y Tehuacan, cantones favorables á la salud del soldado. El ministro Doblado habia acordado esta concesion y Juarez la habia ratificado. Si era justo, á nuestro juicio, exigir imperiosamente esta libertad de maniobras para salir del clima mortífero de la tierra caliente, sobre todo durante la mala estacion, el orgullo de los mexicanos quedó profundamente herido con esta condescendencia del presidente; se sintieron humillados con que la evacuacion del territorio iuvado no hubiese precedido los preliminares de la paz. Pero

Juarez, mas inclinado á la finura y á la sutileza que á los arranques guerreros, estaba animado de un deseo verdadero de dar las satisfacciones reclamadas por los aliados, y habia comprendido perfectamente que nunca obtendria la retirada de las tropas enemigas hasta que hubiese dado una prenda solemne de conciliacion. Pero confiando en nuestra palabra, el gobierno mexicano siempre habia puesto como condicion á aquel avance del ejército extranjero inspirado por un sentimiento humanitario, que "si las negociaciones llegaban á romperse (art. 4º), las fuerzas aliadas se retirarian de las posiciones ocupadas, retrogradarian en el camino de Veracruz hasta Paso-Ancho, antes de emprender acto alguno de hostilidad, en cuyo caso los hospitales de los aliados quedarian bajo la salvaguardia de la nacion mexicana."

Al fin se señaló en la bahía el correo de Europa tan impacientemente aguardado. Por él se supo que la Inglaterra, que rechazaba la idea de una espedicion al interior de México, ratificaba la firma de su plenipotenciario Sir Ch. Wyke. La España, aunque con algun pesar, no desaprobaba lo hecho por el general Prim. Pero la Francia, por el órgano del "Monitor," declaraba altamente que no podia aceptar la convencion de la Soledad, por ser *contraria á la dignidad nacional*. Esta denegacion oficial, impuesta á un gefe justamente reputado como muy celoso del honor de su pabellon, provocó una dolorosa admiracion y tuvo un eco muy perjudicial.

El almirante, desde el 1º de Abril comenzó su movimiento retrógrado. El cuerpo frances habia ocupado á Tehuacan; vino á hacer alto en Córdoba, tres jornadas antes de Paso-Ancho juntamente con las tropas españolas. Pero era inminente una ruptura entre los tres aliados, cuyos intereses y tendencias estaban en una pugna manifiesta. El 9 de Abril de 1862 la ruptura habia tenido lugar: la motivó, sobre todo, haberse abrigado bajo nuestra bandera, Almonte

y los emigrados que habian llegado en los primeros dias de Marzo, y los cuales eran sospechosos, tanto á Juarez á causa de sus opiniones monárquicas, como al gobierno inglés. El ministro Wyke escribia en efecto al conde Russel: "Solo dando á nuestra intervencion el aspecto de un protectorado amistoso, es como podemos consolidar un gobierno que *represente la porcion inteligente y respetable de la nacion.*"

Digamos de una vez que en 1857, una Constitucion votada por el Congreso general, habia dado la presidencia al general Comonfort, quien desertó de su puesto: que Juarez, en virtud de su carácter de vice-presidente, defendia esa Constitucion hacia seis años; solo el abogado indígena no era perjuro! Habia llegado á la alta magistratura de una República agitada y arruinada por la guerra civil. Gefe de un país desmoralizado, invadido por todas las malas pasiones que sobre él se desbordaban, hubiera podido obrar mejor sin duda; pero tambien pudo hacer mayor mal. Sobre él ha caido con todo su peso la desgracia de medio siglo de fanatismo y anarquía; pero tuvo el valor de llevar ese peso sin doblegarse. Para él, al ménos, la palabra patria tiene un sentido: por otra parte, el que quiera juzgarlo con rectitud, deberá olvidarse de la Europa para ver solo los horizontes tempestuosos de México.

La suerte estaba echada! Las escuadras española é inglesa se hicieron á la mar, y el cuerpo expedicionario frances, compuesto apenas de 6,000 hombres, dejado en el aislamiento, se preparó á tomar la ofensiva, continuando su movimiento retrógado hácia el Chiquihuite, torrente encajonado en la montaña, situado casi á igual distancia entre el golfo y Orizaba, y cuyos bordes montuosos, que protegen la cuesta de la Sierra, habian sido fortificados por los mexicanos. Mientras que el ejército, fiel al compromiso contraido, operaba su retirada, corrió la nueva de que nuestros soldados que habian quedado enfermos en Orizaba bajo la pro-

teccion misma del enemigo, veian amenazada su existencia por el ejército juarista. El comandante francés, cediendo al temor de dejar degollar sus hombres sin defensa, inmediatamente cambió de frente, y violando, aunque á su pesar, la palabra dada, abrió la campaña, subiendo á marchas forzadas á Orizaba, sin haber vuelto á pasar la posicion del Chiquihuite.

Tal es el resúmen suscito de la primera faz de la expedicion mexicana. Examinando solo los hechos que el gobierno imperial dió á conocer al país, parece evidente que Napoleon III no tuvo mas objeto que proteger los intereses de nuestros nacionales, intereses que habria perjudicado la convencion de la Soledad, si se hubiese ratificado. La Francia no ha cometido mas que un acto de generosidad al cubrir con su salvaguardia á los emigrados mexicanos, desearios de pisar el suelo patrio. Si mereciese crédito solamente el lenguaje oficial, la guerra ha nacido de que el presidente republicano rehusaba hacer concesiones á la demanda legítima de las satisfacciones que reclamaba nuestro ministro, ó de que las que hacia eran ilusorias. Juarez seria, pues, el único responsable ante la historia, de la ruina de su pueblo y de la sangre profusamente vertida sobre la tierra mexicana, sin que esto pudiera fecundarla!

Pero tomémos la libertad de buscar la yerdad tan fugitiva en este negocio, y ahora que ya vimos á los principales actores en movimiento, interroguemos lo que pasaba detras de aquella escena. En estilo oficial, repliquemos con la brutalidad de los hechos y de documentos incontrovertibles.

El 18 de Enero de 1862, exactamente diez meses antes de que se firmase la convencion entre las tres potencias, y mientras que Juarez permanecia tranquilo en la capital y sin sospechar la tempestad que se formaba en Europa para venir á desatarse sobre su cabeza, la Francia conspiraba por su caida. A cuatro leguas de México, oculto en el pueblo de

Tlalpam, célebre antes por sus ferias y sus juegos, el general Leonardo Márquez anudaba los primeros hilos de la conspiración que unía ya al gabinete de las Tullerías con el palacio de Miramar. En aquella noche del 18, un indio, portador de un billete confidencial, entraba á México. El general Márquez escribía al Lic. Aguilar, antiguo ministro de Santa-Anna, "que habia llegado la hora de organizar la reacción política, social y militar." Le ofrecía la presidencia de un directorio, y el derecho de escojer sus miembros entre los que creyese mas capaces de servir la buena causa. La divisa *Dios y Orden* quedaba enarbolada: era la señal de la rebelion contra la *Libertad é Independencia*, que era la fórmula republicana.

Al mismo tiempo el partido de los emigrados mexicanos, á la cabeza de los cuales se contaban Gutierrez Estrada, Hidalgo, Almonte, el padre Miranda y el ex-presidente Miramon, ese partido se agitaba en Paris, y se aprovechaba de su favor y de su acceso en la corte de las Tullerías para despertar una augusta benevolencia en favor de su causa. Por su parte, Labastida, arzobispo de México, en nombre de su clero despojado de los bienes de manos muertas por una ley promulgada en 1859 (bienes que montaban á 900 millones de francos), el arzobispo, decíamos, combatía con calor cerca de la corte de Roma, la cual no tardaría en mostrarse favorable al proyecto formado de colocar un príncipe de la raza católica de los Hapsbourg en el antiguo trono de Iturbide.

Algunos pretenden que el imperio mexicano ha salido de la paz de Villafranca. Sin dar una grande importancia á este aserto, está fuera de duda que á la hora en que Márquez organizaba una sedición, el partido de los emigrados mexicanos, con el apoyo secreto del gobierno francés, en cuyo seno prevalecían las simpatías españolas, ofrecía la corona imperial al archiduque Maximiliano, el cual acababa de renun-

ciar á todos sus cargos en su propio país, para retirarse á Miramar y estar pronto á cualquiera eventualidad.

Las conferencias entre Paris y Miramar duraron casi ocho meses ántes de que se lograra vencer la resistencia del archiduque. Al fin, el príncipe dirigió á su confidente autorizado, Gutierrez de Estrada, una carta escrita en español y que ocupaba las dos caras de un gran pliego. Maximiliano declaraba en ella que aceptaba la corona que se le ofrecía: pero "con la condicion de que la Francia y la Inglaterra lo sostuviesen con su garantía moral y material en tierra y en "los mares." Gutierrez remitió al punto de Paris este precioso documento, que nosotros hemos leído, al licenciado Aguilar para que lo pusiese en conocimiento de los miembros de la conspiración fomentada en México. Pero el secreto no pudo guardarse sino hasta 1862 en que el antiguo ministro de Santa-Anna fué reducido á prision. Poco tiempo despues, faltando pruebas suficientes para condenarlo, Doblado firmó la orden para que fuera puesto en libertad.

Como se vé, la aceptación del archiduque obligaba ya moralmente á la Francia, desde fines de 1861, en el momento mismo en que la expedición marítima concertada por las tres potencias contra la República se ponía en planta. En esta combinación urdida en las sombras es á donde debe encontrarse el objeto misterioso de la intervención francesa, la cual habia esperado hacer participar de sus miras al gabinete inglés y comprometer su acción cooperativa en el establecimiento del archiduque Maximiliano en el trono que se le habia prometido. El partido rebelde, reclutado entre los clericales, no esperaba ya para comenzar la campaña, sino la aparición de la bandera francesa en las aguas de México.

La defensa de nuestros nacionales, el deseo de vengar los ultrajes que estos habian sufrido, ultrajes que en justicia deben inculparse á México y no á Juárez, todo esto no era mas que un pretexto reelegado con anterioridad al segundo